

- ALDUNATE, C. & V. CASTRO, 1981. *Las chullpa de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico del Loa Superior. Período Tardío*. Santiago: Ediciones Kultrún.
- ALDUNATE, C.; V. CASTRO, J. BERENGUER, L. CORNEJO, J. L. MARTINEZ & C. SINCLAIRE, 1986. *Cronología y asentamiento en la región del Loa Superior*. Santiago: DIB-U. de Chile.
- CARRASCO, C., 1995Ms. Análisis del material lítico de los sitios tempranos de la Localidad de Caspana, Informe de Laboratorio.
- SANHUEZA, M. C., 1992. Tráfico caravanero y arriería colonial en el siglo XVI. *Estudios Atacameños* 10.

EL NAUFRAGIO Y LA ESPERANZA: UNA ARQUEOLOGIA POETICA DE LA CASA NERUDA DE ISLA NEGRA

Francisco Gallardo Ibáñez
Museo Chileno de Arte Precolombino

[...] la palabra pan se come, la palabra copa se llena, la palabra nave navega... botella cayó al ser pronunciada y se rompió en el suelo, se quebró en siete sílabas. Las encontré por el mundo, las enmarañé, las retuve..Las junté en mis travesías.. Mi casa está llena de palabras. - Pablo Neruda (NERUDA et al. 1973).

Arqueología y poética

La arqueología (lo sabemos todos) es un instrumento que nuestra cultura ha diseñado para disectar aquellos hechos materiales que son el trazo sólido de una vida ausente. Es un tipo de desplazamiento e inmersión profunda en lo humano desconocido, en esa vastedad de signos fracturados que para nosotros no son más que otredad, corazón y tinieblas (OLIVARES & QUIROZ 1986).

En este trayecto que es una búsqueda y curiosidad. la arqueología es también una obsesión de coleccionista desinteresado. El arqueólogo en su paciencia de naturalista antiguo recupera los objetos y los examina en detalle, los describe y clasifica, simbólicamente los reproduce hasta la saciedad para que el tiempo no los consuma, para que no se extravíen en el curso de una historia que no perdona. Es esta pasión encubierta hacia los objetos y sus modos de aparición en el reino de las cosas lo que permite al arqueólogo ir más allá y extender la palabra iluminándolos. Ya no exclusivamente con las grandezas o miserias del acontecimiento, de esa historia en proceso que se inscribe en ellos. sino también por la poética que supone su instalación en el mundo y la vida, esa que proporciona fronteras para la circulación y el descanso, el amor y la muerte. Los artefactos y sus asociaciones --tanto del pasado como del presente-- buscan complicidad, tejen una trama material que dan forma al significado, crean la armonía necesaria para hacer de nuestros sueños una realidad donde las metáforas que vivimos se vuelven poderosamente tangibles.

La arqueología, como la antropología, es un modo de expresar el mundo del otro (no de representarlo), de retener en unas cuantas palabras aquella imagen, que a pesar de su materialidad. aparece siempre huidiza y rehúye la mirada.

El reflejo de la mirada

La casa de Isla Negra, que Neruda abandonó en septiembre de 1973, antes que la tristeza y el horror dieran cuenta de su vida, es hoy un palacio de la manufactura y la curiosidad humana. Aquí los objetos, que provienen de todos los reinos conocidos, se multiplican y organizan al modo de un nido construido por un ave en el parque de la ciudad. Sin duda, la pluralidad de sus formas, superficies y texturas convierten a esta casa en una instalación. en una obra que es exactamente lo opuesto a esas casas desgarradas en las que insistiera Gordon Matta Clark (PEREZ 1993). La monumentalidad de esta isla artificial no reside en su tamaño. en su rareza o instrumentalidad, sino más bien en el repliegue infinito de sus gestos interiores, en los signos que inscriben el espacio doméstico y designan un lugar en el mundo para sus habitantes que ya no están y no regresarán.

Con cierto recelo e inquietud me atrevo a cruzar los umbrales de la casa de Neruda. No soy su invitado. Mas aun. nunca lo fui. Entro a hurtadillas y en silencio. aprovecho el descuido de sus moradores que ya se han ido. recorro los

interiores que se agrandan o encogen como en el cuento de Alicia y su mundo de maravillas. Ciertamente no es la visita del intruso que husmea sin ser visto, demasiada gente intentando escudriñar en la huella provocadora de la vida íntima del poeta en toda su rareza y diferencia. El sentimiento inicial es que la casa/museo de Neruda es un PARAISO ESPIRITUAL AL MINUTO, sin embargo, una vez adentro el malestar se adormece y recoge disipándose en el asombro. Infinidad de formas, materias y colores golpean y confunden, anestesian la conciencia habitual o quizá la recorren para que el ojo interior del inconsciente pueda saciar sus impulsos sin la molestia del ser de carne y huesos que lleva a cuestas.

Isla Negra. Agua, piedra y sueños. ¿Qué se hizo tu lejanía? En pocos años fuiste devorada por el mundo. Aquel por donde el poeta viajó arrancando caballos al fuego, hojas de papel arroz, máquinas a vapor y otras proezas de la imaginación humana tan sencillas como una vela encendida. Primero fueron los objetos, buscando un acomodo perfecto. Ahora la gente viene tras ellos soñando encontrar un sitio entre los barcos de las botellas que traslucen el mar. Esta casa bien podría ser el refugio de las almas perdidas y de aquellas que sin saber su destino les gustaría llegar hasta aquí para quedar escritas en las vigas del techo.

¿Cuál es el misterio de la alegría de estos cuartos que son un simulacro de la imaginación? Sus objetos vinieron hasta aquí perdiendo sus raíces para aclarar el día a orillas del granito y las docas. Llegaron hasta aquí para encontrar un emplazamiento y origen radicalmente nuevo cuyo significado arrastró el poeta hasta su lecho de flores y viento. La casa encierra una palabra en apariencia inaccesible, pero el silencio se rompe ante la mirada inquieta, ante la visión que se enciende en la experiencia y la escritura.

Isla Negra es un descanso entre dos olas y un reparo en este océano circular.

Lo objetos que no disimulan su presencia ocultan el temor al vacío que antecede a la letra que proporciona un lugar. El espacio material acoge porque hasta sus intersticios más secretos cobijan esa palabra que se inscribe en el inconsciente, despertándolo, gratificándolo con imágenes de sueños que se disipan y vuelven a aparecer con mayor insistencia. Son voces sin sonido que auguran una palabra rugido, una risa que muerde o un silbido displicente.

*los pequeños espejos que te reflejan y distorsionan
y los barcos quietos en vientos solidificados
¡el mar de la sangre!
un reloj ojo azul
y una pupila de vidrio que llora al fuego
de días nublados y tempestades que nadie recuerda
¿qué miran los ojos? Cuando lo visto no ha sido
¿ojos ciegos y peces?
¿vitrales de piedra resplandeciente?*

Una casa llena de palabras

La escritura que se introduce en la geometría de esta casa no fue hecha con tinta verde y trazo largo seguro, tampoco quedó a resguardo en la historia que cada uno de estos objetos retiene en la memoria y que sólo es el inventario de una encarnación primera que no permanece, que se aferra inútilmente al espectáculo de la vida que continúa. El devenir de estos objetos adorados evocan instantes de felicidad y amargura. Como las lágrimas de fuego de los cuerpos de madera policromada que sufren el desmareo --que es lo opuesto al destierro-- o el escritorio que arrojó el mar hacia las costas directo a las manos del poeta y un rincón discreto necesario donde habitar las palabras.

Los relatos y las descripciones se entrecruzan quebrados entre las mariposas, escarabajos o hueso de narval picahielo, murmurando al unísono y confundiendo en su disonancia al desgarrar del ocultamiento, al lenguaje mudo de las formas que convoca los sentidos en un segmento de escritura anterior al discurso. Contemplad los gestos y movimientos retratados, las luces retenidas en el vidrio y la piedra, la visión penetrante en los pisapapeles llenos de flores como delantales. Mirad la suspensión en que permanecen los fragmentos en su nueva y más viva articulación. Y qué decir de los ojos de esos viejos seres marinos agrietados, de los poetas que se amarillan sobre las mesas, de los dioses más allá del corazón oscuridad. La mirada múltiple de esta casa es plena porque no observa los contornos del microcosmos de la circulación exterior, de los espacios dejados para el movimiento. La mirada se distribuye con amplitud refleja al ser con la perfección del espejo de obsidiana, insisten en su curiosidad de iupa gigantesca

creando un teatro del acoso y el significado. Hasta los caracoles blancos sobre el piso encementado parecen espiar lo que llevamos oculto tras la piel. Con los parpados abiertos al tiempo estos ojos son los ojos de la casa, no desperdician perspectiva o ángulos de reflexión para crear su efecto de aguda observación, para producir una medida exacta del alma —que es algo como cristales creciendo en el centro de una roca— de aquel que aventura el cuerpo en ese desplazamiento.

Objetos de colección

Las pipas forman una colección envidiable, coronta de choco y fina losa ballenera. Se hallan celosamente depositadas en cajas de madera oscura a buen recaudo en el dormitorio, ocultas tras una cubierta de vidrio impecable para no olvidarlas durante el sueño de la tarde y la noche. Esperan el invierno, al encierro benefactor del hogar que protege de la garúa y las marejadas. Cobijado y en cuclillas cerca del piso empedrado los leños enrojecen la piel del rostro invitando al dormitar reparador de la tarde que evitaría la penumbra litoral. Las pipas del poeta conservan orgullosas los restos untuosos de la amapola que un día encendieron los paraísos de niños y los cielos de mariposas escondidos tras las palabras de la conciencia.

Peces y peces suspendidos en el aire proyectando sus sombras contra el muro, girando sobre sí mismos, deslizándose con elegancia entre las piedras que los constituyen y la madera noble arrancada al océano. Con su piel fría como el bronce que precede a la bienvenida de puertas que conducen al refugio del origen y el engendramiento. Peces en círculos estrechos, en su imagen de escurrimiento perfecto, dibujados en el aire con gracilidad de pájaro. Como caballos de mar, los peces ejercen su soberanía sobre este océano terrestre, sólo visible al trasluz de gotas de agua teñida, finas zapatillas de cristal y caballeros de vidrio coloreado.

También hay campanas. Cuelgan al vacío respirando la sal que se pega en los labios. Algo de espuma precipitada por el viento entre las algas. La marea traerá algo de brisa por la mañana y el hierro anunciará el comienzo del día. Las aguas traerán más restos de civilización cerca de la costa disponiéndolos entre las rocas, como tributo al hombre recostado sobre la docas y la arena de la playa.

El naufragio y la esperanza

No cabe duda, dice el arqueólogo. En Isla Negra Pablo Neruda levantó un pequeño y compacto parque de diversiones, instaló delicados juguetes para congraciarse con el viento. Arcos de piedra por donde el aire se desplaza acariciando el granito que un día quedará esparcido sobre la playa. Un veleta de pez, para que el viento que sale desde las profundidades nubosas del horizonte oceánico sepa su dirección y no se extravíe en las puertas de un continente que olvidó tristemente su origen, quizá porque nació grande y no tuvo niñez. Y cómo olvidar el campanario que espera paciente el día glorioso en que el mar tome de nuevo posesión de su territorio, el mismo que equivocadamente cedió a los hombres y mujeres que poblaron el Nuevo Mundo olvidando las manos que gastaron las piedras y conservaron a sus muertos reemplazando la carne por el barro.

Esta casa con sus signos marinos se deja ver entre los pinos como un barco encallado, en silencio como los veleros que en las botellas se aquietan al viento del sol en su último recorrido. Sin embargo, los vestigios de este almacén que no navega, no se confunden con el mar y sus embarcaciones. La casa en su decoro e instalación se asemeja más bien a la escena de un naufragio que se dispersa en desorden por el roquerío. Es la huella clara de la derrota humana ante un océano invencible al que debemos reverencia.

En esta costa de Isla Negra se han conservado los restos de sucesivos momentos de holgura perdidos en el tiempo, como gotas de vino enrojeciendo el papel donde escribo. Pedazos de civilización que sobrevivieron al cataclismo de la historia fueron uno a uno devueltos a la playa por la pena que nos tiene el mar. Allí anduvo el hombre, recogió los mas bellos jirones y con ellos construyó su albergue salado de frente al horizonte en espera de algo más y felicidad. Ahora el enigma se resuelve, se abre para nosotros en toda su transparencia, pues el que ha vivido como un naufrago en las costas del mundo, atesorando lo único perdurable de la humanidad, es un ser que nunca perderá la esperanza de volver de su exilio a una patria generosa, pero desconocida.

REFERENCIAS

- OLIVARES, J. C. & D. QUIROZ, 1986. El umbral roto: La mirada antropológica. *Boletín del Museo de Cañete* 3: 55-71.
- NERUDA, P.; S. FACIO & A. DAMICO, 1973. *Geografía de Pablo Neruda*. Barcelona: AYMA S.A.
- PEREZ, D., 1993. El sentido del espacio. *Lápiz Revista Internacional de Arte* 91: 56-59.